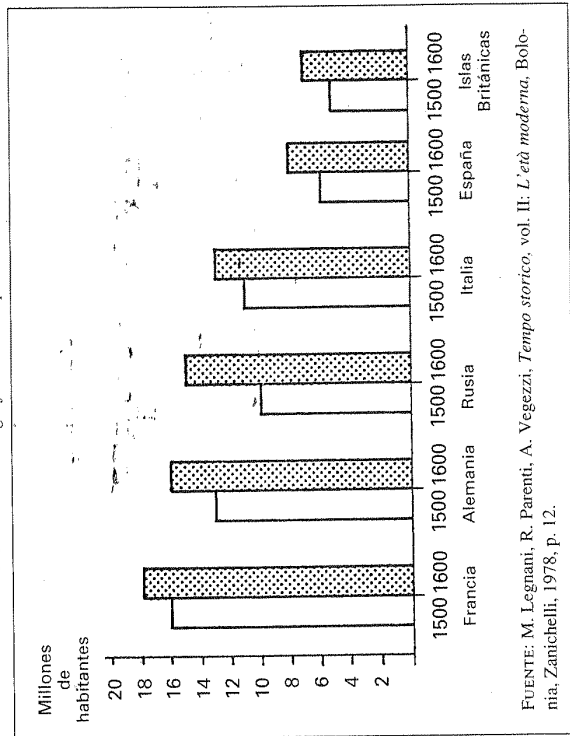


Incremento demográfico en Europa: 1500-1600



4. LA ECONOMÍA Y LA SOCIEDAD EN EL SIGLO XVI

1. LAS CONDICIONES DE LA POBLACIÓN

El período del siglo XVI tiene muchas características en común con el precedente y con el que le sigue en el plano de la vida cotidiana. Los progresos de la higiene y de la medicina sociales no se harán verdaderamente sensibles hasta el siglo XVIII. La mortalidad infantil sigue siendo muy elevada. En el último cuarto del siglo XVI, en la región de Simancas (España), por ejemplo, esta mortalidad alcanzó el 40-50 por 100, y en Palencia el 68 por 100 de los nacidos murió antes de cumplir los siete años. Si se toma el caso de Beauvais en el siglo XVII, se constata que la mitad de la población no llegaba a los veinte años, mientras que la cuarta parte de los recién nacidos fallecían en su primer año de vida. A nuestros ojos, pues, se trata de una población joven, por cuanto la probabilidad media de vida en torno a 1600 era de 34 años para las mujeres y 28 para los hombres. No obstante, tanto en el siglo XVI como en el XVII, en determinadas zonas se encuentran cifras más bajas, caso de Ginebra, París e Inglaterra. En 1574 más de un tercio de los habitantes de Colonia eran niños de edad inferior a 15 años; en el siglo siguiente, tanto en Leiden como en Inglaterra representaban casi la mitad. En proporción, no se llegaba muy pronto al matrimonio: las jóvenes se casaban entre los 20 y los 25 años; los hombres, entre los 25 y los 29, tanto antes como después de 1600; en las clases más altas el segundo matrimonio era frecuente, superando el 20 por 100. Por lo que se sabe, las prácticas anticonceptivas no se habían difundido abiertamente, aunque se recurría a ellas por distintos motivos.

Una de las consecuencias de la solicitud del Concilio de Trento por las almas fue la obligación impuesta a los párrocos católicos de registrar la natalidad; en Inglaterra esto no empezó a hacerse hasta 1653. A pesar de las plagas colectivas y las deficiencias médicas el siglo XVI se caracterizó por un fuerte y general aumento demográfico. El incremento alcanzó valores próximos al 50 por 100 desde Noruega hasta Castilla y desde Bretaña hasta Suiza. El Imperio germánico, por ejemplo, pasó de doce a veinte millones de habitantes, e Inglaterra de tres millones y medio a cinco. Este fenómeno se produjo en las ciudades de modo desigual, debido a menudo a motivos coyunturales. Así, en el transcurso del siglo Floren-

cia y Milán no vieron crecer mucho su población, a diferencia de ciudades atlánticas como Sevilla, Lisboa, Amberes, Amsterdam o Londres, aunque también crecieron Roma, Madrid y sobre todo Nápoles. Pero entre los mayores centros europeos no hubo diferencias demasiado notables y, por lo general, comparables a las actuales. Fueron muy raras las ciudades que llegaron a 200.000 habitantes: Nápoles, París y probablemente Moscú, seguidas a no mucha distancia —aunque sólo por un breve período— por Venecia. Sevilla estaba más poblada que Londres; Mesina, Palermo y Milán no eran superadas por Marsella, Amberes o Amsterdam. En el Imperio germánico, Dantzig, Augsburgo, Estrasburgo, Lübeck, Nuremberg, Hamburgo o Viena no sobrepasaban los 50.000 habitantes.

En el siglo XVI, así como en el XVII, muchas aglomeraciones fueron atacadas por enfermedades epidémicas: Venecia perdió casi el 30 por 100 de su población entre 1575 y 1576, Santander el 80 por 100 en 1599, Mantua el 70 por 100 en 1630, Nápoles y Génova alrededor del 50 por 100 en 1656. Estos azotes (llamados pestes, aunque la mayoría de las veces eran tifus, viruela, etc.) afectaban más a las ciudades, en particular a los barrios pobres y con malas condiciones higiénicas; vehículos habituales de transmisión eran las ratas infectadas por las pulgas. Como en el período anterior, las personas acomodadas se sustran más fácilmente a estas enfermedades, fuera por la mayor posibilidad de salir de los centros afectados o por alimentarse mejor.

No parece que las familias de las clases populares fuesen normalmente muy numerosas: aunque puede sostenerse que el número medio de hijos era cuatro, eran sobre todo los pudientes quienes tenían más. De todos modos, el aumento demográfico no prosiguió y entró en crisis ya antes de finales del xvi. Entre 1594 y 1597 las desfavorables condiciones meteorológicas causaron malas cosechas: mientras la peste se difundía en España, en Italia y Alemania se sufría una gran carestía. Las zonas mediterráneas resultaron más afectadas que las nórdicas: tanto en Holanda como en Inglaterra, por ejemplo, en el siglo xvii la población siguió creciendo. Las dificultades de aprovisionamiento de ciertas zonas de alta densidad urbana se correspondían con las de la producción agrícola circundante, a menudo inferior a las exigencias. La carestía, que ya se había hecho sentir en el Mediterráneo antes de 1590, por primera vez después de esa fecha obligó a los estados costeros a recurrir a masivas importaciones de cereales del Báltico. Con todo, las insuficiencias hay que relacionarlas también con una inversión de tendencia en el campo. Así, en el Languedoc a fines del siglo xv muchos campesinos eran personas relativamente pudientes que con los beneficios sacados de sus propias tierras podían procurarse otros bienes. Mientras que a principios del siglo xvii la mayor parte no producían trigo suficiente para sus propias necesidades, por lo que tenían que trabajar en otra parte para subvenir a las necesidades familiares. De forma más general se instituyó una relación entre la presión demográfica y el alquiler de tierras, ya que los propietarios intentaban elevar a un nivel correspondiente al de los precios los arriendos y demás derechos. Este deterioro de las condiciones de los campesinos provocó los traslados de población, al menos allí donde no existían obstáculos particulares a su movilidad —caso de Francia, Alemania e Inglaterra.

Teóricamente, en la mayor parte de Occidente los campesinos ya no eran siervos y no sólo podían disponer de sus haberes, sino también abandonar sus pueblos. Poco a poco, sin embargo, muchos perdieron la propiedad de las tierras, engrosando el número de quienes ya no las poseían y reducidos a menudo al papel de braceros temporeros o desocupados y vagabundos. Mientras los trabajadores agrícolas pasaban a ser (como en Inglaterra y en Francia) mayoritarios en el mundo rural, debido al aumento demográfico muchas haciendas resultaban demasiado exiguas e insuficientes para garantizar unos ingresos regulares. Gran parte del suelo estaba constituido por campos comunales, mientras que las haciendas pertenecían a los burgueses, al clero o a los aristócratas. Por ello no es de extrañar que el descontento, desde hacía mucho tiempo difundido en el campo, no disminuyera e incluso siguiese alimentando disturbios y revueltas de distinta entidad. Después de la guerra de los campesinos, en tiempos de Lutero, se vieron afectadas por ese tipo de revueltas regiones tan diferentes como el Languedoc y Hungría (1560-1570 aproximadamente, y más tarde en 1593-1595 y 1597). Noruega (1570) y Ucrania (última década del siglo ~~xvi~~ xvii), o la zona alpina, desde el Delfinado (1580) hasta Eslovenia (1571-1573 y 1594-1597).

Si bien los campesinos no se beneficiaron por lo general del aumento del precio de los productos de la tierra, la mayor demanda de estos últimos condujo a una ampliación de las áreas de cultivo. Se empezó a roturar muchas zonas bosco-

sas y pastizales, al tiempo que se emprendía el saneamiento de varios terrenos pantanosos. Entre estos últimos hay que citar los del Lacio, el Véneto y el Ferrarese, en Italia, las Provincias Unidas, Schleswig-Holstein y otras regiones inglesas, francesas y alemanas. Así, la agricultura atravesó un período de notable desarrollo, aunque no se produjesen progresos técnicos decisivos en los aperos, en los métodos de rotación ni en la utilización de las cosechas. Inglaterra fue una zona de evolución agrícola particularmente intensa, situación que se prolongó desde el siglo xvi hasta el xvii: la explotación de los terrenos y la comercialización registraron progresos innegables. Otra área donde la producción dio grandes pasos fue la polaca: la exportación de centeno, por ejemplo, se triplicó en la segunda mitad del siglo xvi y volvió a doblarse a principios del siglo siguiente. Por otra parte, en las inmediaciones de grandes centros como Londres, París o Venecia prosperaron los cultivos hortofrutícolas destinados a un mercado seguro.

Naturalmente, sobre los campesinos siguieron cayendo el fisco con impuestos como la talla y el clero (incluso el protestante) con sus diezmos, mientras crecían los arriendos: con todo, un número impreciso se benefició del alza de los precios de los comestibles mientras pudo gozar de los cánones antiguos.

Esta época, no obstante, vio desarrollarse notablemente el pauperismo tanto en el campo como en la ciudad, aunque sea arduo verificar que el porcentaje de pobres con respecto a la población en conjunto llegara a ser de un quinto, como se ha aseverado. Desde principios del siglo xvi se percibe claramente en Europa una conciencia más aguda del fenómeno, así como una intención de afrontar el problema de la asistencia, en plena evolución en todos sus aspectos. Las formas de caridad medievales estaban en crisis o se manifestaban como insuficientes: tanto la reforma protestante como la católica buscaron nuevas soluciones. El luteranismo favoreció la transferencia a la autoridad laica de la asistencia pública, considerando una misión que había de ser cumplida por y en nombre de la comunidad cristiana. Así, la asistencia fue instituida por grandes municipalidades alemanas, desde 1522 en Augsburgo y Núremberg, desde 1523 en Estrasburgo y Breslau y desde 1524 en Magdeburgo y Regensburg. También varias nuevas órdenes religiosas surgidas en el mundo católico se propusieron entre sus objetivos principales la asistencia a los necesitados, tendencia que no hizo sino acentuarse en los siglos xvi y xvii. Estas medidas intentaban hacer frente a las insólitas proporciones del pauperismo y el vagabundeo, pasando de la limosna desordenada a una ayuda organizada que facilitaba además la función de control. Las providencias adoptadas no tardaron en cumplir función de cedazo e incluso de discriminación. Los grupos mercantiles se mostraron más sensibles que otros a la amenaza social que constituían los pobres: fueron los más generosos aportando medios, pero también los más exigentes respecto a su empleo. En la capital inglesa, por ejemplo, entre fines del siglo xv y mediados del xvii la burguesía disminuyó hasta una sexta parte sus donaciones para el culto, mientras aumentaba hasta el triple las destinadas a la asistencia.

En la primera mitad del siglo xvi —que vio surgir, por ejemplo, los grandes hospitales de Lyon (1533), Londres (1544) y París (1554)— se recurrió al sistema de dar una licencia de mendicidad. Así, Carlos V permitió que los mendigos

españoles pidieran limosna en sus propias ciudades y en sus inmediaciones hasta seis leguas de distancia. En Londres los pobres iban provistos de señales de reconocimiento especiales gracias que les autorizaban a pedir limosna. Posteriormente las autoridades se hicieron más rígidas y limitaron su radio de acción al territorio parroquial, caso de Escocia en 1535 y de España con Felipe II. Desde 1550 aproximadamente, sobre todo en Inglaterra y Francia se difundió el uso del impuesto para los pobres y se adoptó la distinción entre hospitales, reservados para los inválidos sin recursos, y hospicios para los mendigos sanos. Casi simultáneamente se empezaron a tomar medidas contra el vagabundeo: en Inglaterra fueron tan severas (desde la esclavitud hasta la muerte) que hubo que abolirlas. Estas mismas medidas no tardaron en ser aplicadas también contra los pobres, puesto que se consideraba —sobre todo entre los protestantes— que se hallaban en tal estado por culpa de su incapacidad: se les quiso, pues, obligar a trabajar si su aspecto era lo bastante robusto. En nombre de una nueva ética del trabajo y de la productividad, la imagen viviente de Cristo fue convirtiéndose paulatinamente en la del enemigo de la sociedad de los pudientes.

2. LAS CLASES SOCIALES

Como durante todo el período del *Ancien Régime*, en el siglo XVI el grupo socialmente dominante siguió siendo la nobleza, que en la mayoría de los casos tenía también en sus manos el ejercicio de las distintas formas de poder. En efecto, con el paso del tiempo no se modificó la tendencia de la burguesía a aceptar la superioridad del estado noble y sancionar su propio ascenso modelando su comportamiento según el de la aristocracia. Esta última, sin embargo, estaba ya muy lejos de ejercer un dominio incontestado, de manera que en cierto sentido puede afirmarse que empezaba a encaminarse hacia su decadencia. Las monarquías siguieron practicando la política esbozada anteriormente, inclinada a limitar los derechos de los feudatarios sobre quienes residían en sus dominios o jurisdicciones. De este modo, sobre todo en la parte occidental de Europa, los príncipes perseguían un doble objetivo: consolidar cada vez más su autoridad en el ámbito local y debilitar la fuerza de los nobles, de inestable fidelidad. Los nobles no tardaron en reaccionar batiéndose obstinadamente y a veces victoriosamente (como, por ejemplo, en el reino de Nápoles) para restaurar sus antiguos derechos a menudo caídos en desuso, o haciendo indispensable su apoyo a los monarcas y obteniendo a cambio privilegios (caso de Polonia). La relación entre nobleza y monarquía se configuró de manera muy variada según los países. En algunos —y sobre todo en España—, la afluencia de los elementos burgueses al servicio del soberano no puso realmente en entredicho el vínculo privilegiado entre la corona y la aristocracia: ésta no se opuso al absolutismo progresivo de aquélla, tanto más cuanto que los nobles controlaban todas las ramas de la administración. Caso distinto fue el de Francia, donde la monarquía tuvo que luchar hasta la segunda mitad del siglo XVII para dominar la resistencia y la intolancia aristocráticas, de modo que se apoyó mucho más en los elementos

procedentes de la burguesía. Así, el gran peso económico y social de la nobleza podía conducirla a actitudes antitéticas. Según un censo efectuado a fines del siglo XVI, los nobles controlaban en Castilla la Nueva el 40 por 100 de las ciudades y al 34 por 100 de la población: sin embargo, siguieron siendo el fiel apoyo de la corona, mientras que en Polonia ésta había sido reducido a un cargo electivo. Esta misma variedad se encuentra en otros sectores importantes, como el militar. En torno a mediados del siglo XVI el ejército inglés tenía aún una estructura feudal: lo mismo ocurrió en algunos países europeos hasta mediados del siglo siguiente.

De todos modos, la burguesía ponía obstáculos de múltiples formas a la primacía aristocrática: sin lugar a dudas más fuerte y perspicaz en el plano económico, mediante su riqueza tendía a ocupar las filas de la nobleza. Cuando pudo, esta última intentó cerrarle el camino erigiendo como principio discriminante un estilo de vida heredado del período precedente. Para engrasar su patrimonio, en efecto, los burgueses habían tenido que ejercer personalmente —y todavía tenían que hacerlo— actividades lucrativas, por lo general mercantiles. Por tradición los nobles se habían abstenido de ello, sobre todo en países como España y Francia. Además, los nobles sostenían que era indispensable a su condición social consiguiriéndose costosas mansiones, tener un notable séquito de criados y dedicarse al juego, la caza y los banquetes. Su ética comportaba no sólo la negativa a consagrar su vida cotidiana a acumular dinero, sino además la prerrogativa de gastar con largueza y generosidad y prácticamente sin tener en cuenta sus disponibilidades efectivas. Si por un lado los beneficios de las tierras feudales y de los numerosos cargos públicos ocupados por ellos eran más que notables, por otro la clara disminución de sus réditos y la subida de los costes debida a la inflación hicieron ruinoso el consumo aristocrático. Sobre todo en España se recurrió al mayorazgo para proteger los patrimonios aristocráticos: sus normas prohibían la venta de las propiedades familiares, aunque permitían contraer deudas. En muchos casos esto contribuyó a preservar los bienes nobiliarios, regulando al mismo tiempo la primogenitura: ésta salvaguardaba la integridad del haber hereditario sin impedir la alienación de las haciendas.

Los nobles, sin embargo, consideraron que no era una mala defensa apelar a sus prerrogativas de raza y a estilo de vida. Sobre todo en Francia, los nobles se propusieron apuntalar los privilegios aún reservados de hecho a su clase afirmando que no podía pasar a formar parte de ella quien no fuera de sangre noble, perdiéndolos por otra parte quien ejerciera actividades mercantiles. Este doble criterio resultó mucho más claro en la teoría que en la práctica, puesto que la riqueza, aunque más de modo indirecto que directo, se tomó con creces el desquite. Es muy cierto que en 1560 el principio de la *dérégence* llegó a ser codificado: quien se dedicara al comercio al por menor o a actividades manuales perdería la nobleza y, recíprocamente, no podía obtenerla quien se dedicara a ello. Con todo, muchos juristas no tardaron en admitir que quien se dedicara a ciertos tipos de comercio no por ello debía sufrir la pérdida del rango nobiliario, sino sólo su suspensión. Es presumible que en cierta medida la inversión de los réditos rurales franceses en las actividades comerciales o industriales se frenara, pero no su-

cedió lo mismo con la adquisición de los cargos públicos y las tierras con título, que facilitaban a los miembros de la burguesía el acceso a la nobleza.

Como ya se ha mostrado anteriormente, desde los siglos XIV y XV se había consolidado en Francia la tendencia a la transmisión hereditaria de los cargos públicos. La ley que sancionó esta práctica, llamada de la *Paulette*, no se adoptó hasta 1604; además de legalizar ese carácter hereditario, dicha ley provocó un aumento del precio de los cargos venales. Es cierto que la posesión de un cargo o de una tierra con título no bastaba de por sí: era necesario además vivir como noble y demostrar que así habían vivido también los propios antepasados; con todo, para quien fuese tenaz, el asalto del dinero a las defensas de casta era por lo general coronado por el éxito. En Francia, pues, a pesar de las severas exigencias genealógicas, el estado noble fue un cuerpo social bastante permeable y también suficientemente comprensivo, del que no quedaban excluidos los segundones ni la pequeña nobleza rural. Ello no significa que la obstrucción social quedase sin consecuencias. Una de ellas fue el fortalecimiento de la conciencia de clase de algunos grupos burgueses que, a pesar de doblegarse a ciertas exigencias de la vida noble, siguieron estando fundamentalmente anclados en sus valores propios y peculiares, sin mostrar ningún entusiasmo por el ejercicio de las armas y sin considerar admisible la gestión desconsiderada de los propios haberes, como hacían los nobles.

Como las relaciones entre las aristocracias y los soberanos, las existentes entre la burguesía y la nobleza variaban mucho de un país a otro. En casi todos los principados del Imperio germánico los burgueses no podían adquirir propiedades nobiliarias; así que sus inversiones agrícolas resultaban notablemente limitadas. Esto no quita para que los patricios de Lübeck, por ejemplo, fuesen casi todos propietarios de tierras, como lo eran los ricos comerciantes de Londres, aun cuando tanto unos como otros siguieron residiendo preferentemente en la ciudad.

En Inglaterra ni siquiera tuvieron lugar la lucha por la defensa de las prerrogativas nobiliarias ni el asalto a las mismas: no hubo cuestión de limpieza de sangre ni batallas genealógicas. La aristocracia inglesa no era una auténtica casta, sus miembros no perdían prestigio ni rango por dedicarse a los negocios. Se podía llegar a ser gentilhomme sin poseer propiedades territoriales, con tal de vivir según las exigencias de tal condición social. Aun cuando en esta época no faltaron de hecho nobles emprendedores entre los alemanes, los escoceses, los italianos, etc., los ingleses invirtieron sus fondos en el comercio o en la industria más que los demás. En cuanto a la participación en la vida política, los grandes aristócratas seguían ocupando los cargos más elevados que la corona les reservaba, mientras que la administración efectiva de Inglaterra estaba en manos de la pequeña nobleza. Esta última, además de desempeñar los oficios de *sheriff* y juez de paz, alimentaba en gran parte las filas de los miembros de la Cámara de los Comunes, cuya importancia no hacía sino crecer. La base de los éxitos de esta capa social era, más que las iniciativas mercantiles, la tierra. Supo apoderarse de ella aprovechando en particular las diversas secularizaciones de bienes eclesiásticos, y en muchos casos utilizó el suelo para la crianza de ganado más que para la agricultura.

3. LOS PROBLEMAS DE LA TIERRA

La tierra tuvo una gran función social para las aristocracias, sobre todo en Italia, donde ni siquiera las disputas genealógicas echaron profundas raíces y los nobles pudieron dedicarse casi sin cortapisas a las actividades económicas más lucrativas. La tierra —fuera en forma de feudo en las regiones meridionales y en el Piamonte o de haciendas patrimoniales en otras partes— fue anhelada con mayor afán por los patricios urbanos de la península. Era el desarrollo de una tendencia claramente delineada anteriormente, desde Florencia hasta Venecia, que sobre todo en los centros de importancia menor contribuyó a reforzar un fenómeno de cerrazón de la aristocracia y la nobleza. En realidad, este fenómeno no fue más pronunciado que en otros países europeos, pero en varias regiones centroseptentrionales adoptó una particular importancia por contrastar con la acentuada movilidad social de la fase histórica anterior. Italia, que al principio se parecía menos al resto de Europa, se fue luego pareciendo más, sobre todo en lo referente al estilo de vida y a la jerarquía de las clases.

Ni en Italia ni en los demás países se corre el riesgo de exagerar la importancia de la tierra en las relaciones sociales. La tierra, en efecto, fue el principal objeto de las tensiones, así como de las ósmosis y de las diferenciaciones que se produjeron. Apenas hay necesidad de subrayar, en efecto, que mientras en ciertas zonas la decadencia de la aristocracia tenía lugar por medio del paso de la tierra de manos de los nobles a las de los burgueses, también la reactivación de los primeros a expensas de los segundos se concretó en otras regiones gracias a la revalorización de los terrenos realizada por aquéllos. Con todo, como ocurría entre los distintos estados de la península italiana, en los europeos tampoco existía una única lógica subyacente a la diversidad de los fenómenos. Las situaciones eran demasiado peculiares para reducir las a un común denominador, y sobre todo a explicaciones análogas. Es decir, que si la tierra era la constante, la acción de las monarquías y de las coyunturas económicas constituían variables esenciales para la configuración de las relaciones sociales.

Es verosímil que el bloque constituido en España por la corona y la aristocracia hubiera condenado a los burgueses castellanos a la suerte de los *rentiers*, mientras que en Inglaterra el juego más libre de las fuerzas existentes permitió procesos más fecundos y dinámicos. No menos acentuadas parecen las disparidades entre algunas zonas atlánticas y otras de Europa oriental: en las primeras, por ejemplo, los pequeños nobles del campo eran los menos afortunados, mientras que en las segundas conquistaron posiciones envidiables. En todo caso parece que ha de corregirse, al menos en parte, la imagen de un estrato aristocrático incapaz o casi incapaz de gestionar sus propios bienes territoriales. Esta imagen, si bien corresponde en gran medida a lo acaecido en España y Francia, encuentra menos confirmación en Italia y en Inglaterra, siendo además desmentida en una amplia área del Báltico y desde Hungría hasta Rusia. Y esto vale no sólo para la gestión de los terrenos, sino también en el ámbito de la industria y el comercio. Es un hecho que la nobleza supo hacerse emprendedora no sólo en Inglaterra,

sino también en zonas socialmente diferentes como Prusia, Polonia, Bohemia, etc. Al desarrollarse con fuerza las tendencias antes mencionadas, en esas regiones las burguesías ciudadanas cedieron cada vez más terreno frente al carácter emprendedor de la nobleza, que se manifestó tanto en el plano social como en el económico y el político. Los nobles daneses, prusianos y polacos supieron dominar de nuevo la explotación de sus tierras y vender directamente sus productos a los comerciantes ingleses y holandeses. Esto no sólo perjudicó a los centros urbanos, que así perdieron muchas de sus posiciones privilegiadas en el plano comercial. Víctimas aún mayores fueron los campesinos; insuficientemente protegidos por los soberanos, fueron reducidos al estado de servidumbre hereditaria no sólo en las regiones antes indicadas, sino también en Eslovaquia, Hungría, Transilvania y Rusia. Las prestaciones que ya habían logrado pagar al señor en dine-ro y en especie fueron reducidas de nuevo a jornadas laborales. Mientras los aldeanos eran de tal modo explotados, el completo dominio de la tierra se traducía para los señores en importantes exenciones de pagos de derechos y en franquicias comerciales concedidas por los soberanos.

En el mundo del siglo XVI, cuyos horizontes se habían ampliado al planeta entero, existió sin duda una interdependencia entre los polos de mayor desarrollo y las zonas marginales. Los destinos sociales y económicos del Occidente europeo se vincularon entonces estrechamente a los contactos continuos y directos con los países americanos y asiáticos, tanto al menos como lo habían estado anteriormente las grandes urbes italianas a las regiones del Mediterráneo islámico. Aunque en menor medida, puede afirmarse que hubo una complementariedad entre los estados de Europa oriental y los de la occidental, en el sentido de que las aristocracias agrarias que se impulsaron en los primeros prosperaron también gracias a la salida para sus productos que encontraron en los segundos. Es cierto que la prosperidad de Holanda y luego también de Inglaterra tuvo en los comercios bálticos de este período una clara fase de consolidación. Las burguesías de los países centro-orientales experimentaron no sólo una interrupción momentánea sino incluso un auténtico reflujó, que debía repercutir claramente, aunque en distinta medida, en su propia historia.

Este fenómeno afectó en particular a Rusia, donde los zares se mostraron sumamente hostiles incluso con respecto a las corporaciones ciudadanas. El poder de los príncipes moscovitas fue sin duda el que más revisitó —dejando aparte el caso del pontífice romano— un carácter sacro: la Iglesia les reconoció autoridad incluso en materias de jurisdicción eclesiástica. Su autocracia, que debe distinguirse del absolutismo incipiente de los países occidentales, marcó profundamente la sociedad rusa precisamente en el transcurso del siglo XVI. Efectivamente, hacia principios de siglo se llevó a cabo una importante reforma que favoreció a los pequeños nobles (llamados «nobles de servicio», porque estaban libremente en el séquito del príncipe), en perjuicio de los antiguos aristócratas o boyardos. Con un procedimiento no muy distinto del otomano, Iván III decidió otorgar a quienes le servían el usufructo (no la propiedad hereditaria) de tierras conquistadas: de este modo, además de vincularlos a sí mismo, el zar convertía a los nuevos propietarios en parte interesada en la defensa de sus bienes.

Los boyardos intentaron tomarse el desquite contra el soberano a la muerte de Basilio III (1503-1533), que había dejado un hijo de sólo tres años. Éste, Iván IV llamado el Terrible (1533-1584), tuvo que esperar la mayoría de edad para tomar en sus manos las riendas del Estado. A mediados del siglo XVI Iván IV decidió reconocer el carácter hereditario de las tierras cedidas en usufructo por Iván III y donó muchas otras en la zona de Moscú. Pocos años después, indignado por la animosidad de los boyardos, procedió a la instauración de un sistema que tenía algunas características feudales, aunque en realidad estaba totalmente orientado al fortalecimiento de la autocracia. Tras haber expulsado a los anteriores propietarios, Iván IV concedió a los «nobles de servicio» las tierras de una amplia zona (*oprichnina*), casi equivalente a la mitad del territorio; libre de los boyardos, esa zona fue administrada de distinto modo que el resto del país y puesta bajo la autoridad directa del soberano. Los nuevos señores territoriales fueron obligados desde entonces a proporcionar soldados a caballo, perfectamente armados, en función del suelo poseído, o bien a pagar sumas de dinero al contado: sus representantes constituyeron desde 1566 una nueva asamblea (*Zemskij Sobor*). El zar formó con estos nobles una fuerza militar autónoma, de la que se valió para hostigar duramente a los boyardos, a los que expulsó a millares, procediendo también a ejecuciones en masa (1564-1572). Los desórdenes y la violencia de esta fase de reorganización hicieron huir del territorio a muchos campesinos. El soberano reaccionó promulgando leyes que, además de aumentar las prestaciones de los aldeanos, los vinculaban obligatoriamente al suelo con la prohibición absoluta de alejarse en el futuro. Así que de una región a otra de Europa se desplegaba un verdadero abanico de situaciones sociales que, aunque casi siempre se basaban en la tierra, ofrecían ordenaciones de conjunto de una acentuada diversidad.

4. LA VIDA ECONÓMICA

Mientras las relaciones sociales ofrecían, salvo excepciones, el espectáculo de una evolución bastante lenta, los fenómenos económicos se vieron afectados por un conjunto de coyunturas insólitas y desconcertantes. La más constante, aunque no la menos nueva, fue el aumento de los precios, que afectó en primer lugar a los estados atlánticos y, aunque de un modo más atenuado, se extendió a todo el continente. Como ya se ha mostrado, esta alza parecería hoy por lo menos moderada, ya que el aumento correspondía a un promedio del dos o tres por ciento anual para los géneros alimenticios. Los contemporáneos, sin embargo, se sintieron muy perjudicados por este encarecimiento, que contrastaba con la experiencia anterior y les encontraba poco preparados, sobre todo cuando gozaban de réditos fijos. El aumento era ya perceptible a fines del siglo XV, aunque el proceso no se hizo declaradamente inflacionista hasta después de mediados del XVI. Los precios agrícolas aumentaron bastante más rápidamente que los demás, desde España hasta Bélgica y desde Alemania hasta Polonia: el simultáneo incremento demográfico debió de contribuir a ello, dado que los más afectados fueron los géneros de consumo. Se ha calculado que durante todo el siglo XVI los cerea-

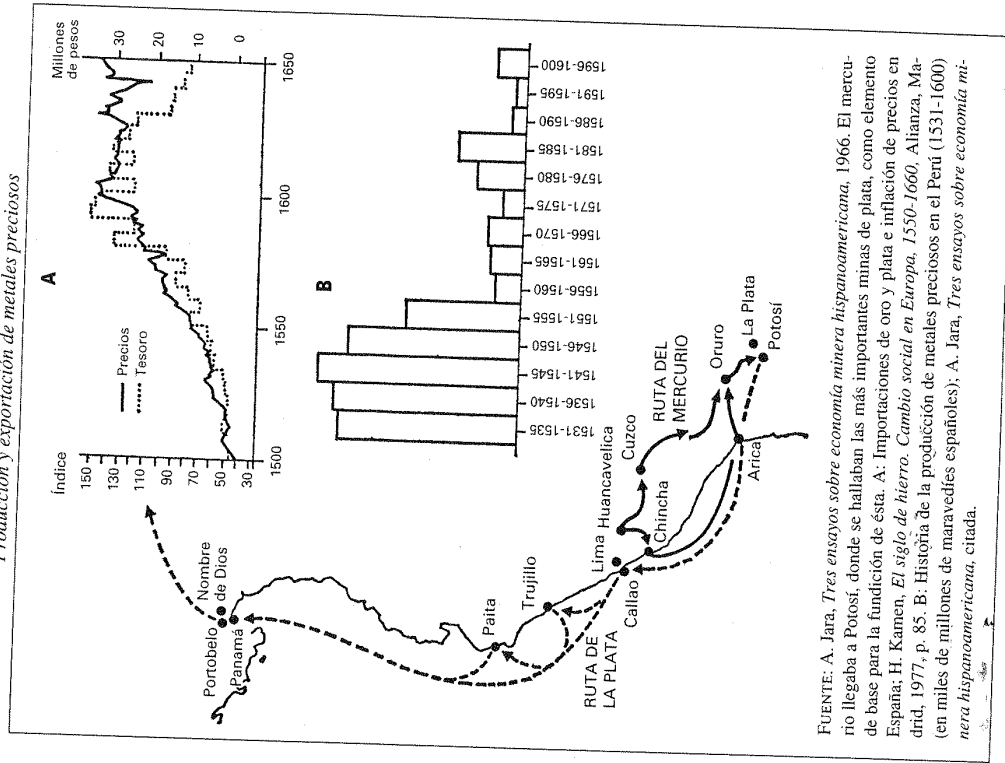
les vendidos al por mayor se encarecieron cinco veces más en Inglaterra, siete veces más en Francia y todavía más en España. Pero tanto en España como en Inglaterra el alza de los precios de la lana fue más rápido que el de los cereales, al menos en la primera mitad del siglo.

El nivel de los salarios no se elevó en absoluto de modo proporcional, fuese por la lentitud con que reaccionaron los organismos corporativos, fuese por la abundancia de mano de obra y la existencia de desocupados. Los salarios se doblaron o triplicaron en el transcurso del siglo XVI, pero hubo una innegable pérdida de su poder adquisitivo (debida también a la repetida devaluación de la moneda). No se puede olvidar que en aquella época muy pocos vivían únicamente de su salario. Incluso los que no eran campesinos poseían por lo general, excepción hecha de unas pocas grandes ciudades, un trozo de tierra o un huerto, lo que redujo los efectos de la degradación salarial. No es menos cierto que el nivel de vida de los trabajadores padeció las consecuencias del encarecimiento generalizado, aunque éstos no reaccionaran casi nunca de un modo violento u organizado. Sin embargo, no pasó inadvertido el peligro que constituía este fenómeno en el plano social: por ejemplo, la ciudad de Basilea prohibió deliberadamente la inmigración de trabajadores pobres.

Aun cuando no fue el único factor de tal fenómeno y de ese malestar, la llegada relativamente masiva desde la América hispana de gran cantidad de metal precioso (oro, aunque sobre todo plata) agravó notablemente la inflación. En efecto, el radio casi continental de la acción política, directa o indirecta, de España la obligó a difundir en múltiples direcciones los tesoros de cuyo monopolio disfrutaba y a inundar con ellos Europa. El motivo más corriente de su empleo fueron los gastos militares, que crecían sin cesar: a menudo, estos gastos hicieron de Sevilla y de Castilla una simple zona de paso de los productos de las minas americanas. España fue la región más afectada por el alza de los precios y probablemente la que menores ventajas reales sacó de la riqueza sobrevenida. En parte, la confianza ilusoria que se puso en esa riqueza hizo atender menos a sus auténticos recursos; y en parte bajaron las inversiones ante la perspectiva de ver que las ganancias quedaban fuertemente recortadas debido a la inflación.

Aunque la corona se había reservado el 20 por 100 de todas las cantidades de metales preciosos que llegaran a Sevilla, fue ella misma la primera en proclamarlo insuficiente. En 1557 Felipe II declaró que no podía satisfacer las deudas que había contraído, que ascendían a la enorme suma de siete millones de ducados. Esta primera bancarrota fue seguida por una segunda en 1575, por una suma de más del doble que la anterior; se sucedieron otras en 1596, 1607, 1627 y 1647. En 1557 el gobierno español transformó sus propias deudas en «juros» u obligaciones del Estado pero ello no impidió una serie de quiebras en cadena. En efecto, se había hecho habitual que, a la espera de la llegada de las flotas de América y para hacer continuo el flujo de pagos, así como para efectuarlos en las plazas y teatros de operaciones más diversos, los financieros europeos anticiparan, con fuertes intereses, las sumas de que la monarquía tenía necesidad. En 1557 hubo también bancarrotas en los Países Bajos, en Milán y en Nápoles, así como en Francia. Las mayores víctimas del terremoto bancario fueron repetidamente los

Producción y exportación de metales preciosos



FUENTE: A. Jara, *Tres ensayos sobre economía minera hispanoamericana*, 1966. El mercurio llegaba a Potosí, donde se hallaban las más importantes minas de plata, como elemento de base para la fundición de ésta. A: Importaciones de oro y plata e inflación de precios en España; H. Kamen, *El siglo de hierro. Cambio social en Europa, 1550-1660*, Alianza, Madrid, 1977, p. 85. B: Historia de la producción de metales preciosos en el Perú (1531-1600) (en miles de millones de maravedíes españoles); A. Jara, *Tres ensayos sobre economía minera hispanoamericana*, citada.

pequeños ahorradores que habían prestado sus fondos a través de los banqueros. Se difundió por toda Europa la inestabilidad financiera, mientras las cecas procedían a múltiples operaciones de devaluación monetaria que provocaban inflación. Inglaterra, tras haber reducido en tres quintas partes el contenido de plata de sus

chelines en torno a 1545, fue la única que logró restablecer la confianza en su propia moneda después de 1560. Pero el contenido de plata del *grosz* polaco se redujo en dos terceras partes entre 1587 y 1650, y en España a fines del siglo xvi la plata prácticamente desapareció, cediendo su lugar al cobre. La caída de la moneda española se hizo tan grave a mediados del siglo xvii que las piezas acuñadas en cobre representaban ya más del 98 por 100 de las que circulaban.

Las necesidades crecientes de los intercambios y las astucias técnicas cada vez más sutiles permitieron al crédito prosperar en gran medida a pesar de estas dificultades. Sin duda, los bancos privados vieron minada su actividad: si tomamos como ejemplo la plaza de Lyon, se observa que en 1575 había 41, en 1580 20 y en 1592 cuatro. Para hacer frente a la incertidumbre financiera se reclamó la creación de bancos públicos. Éstos surgieron, efectivamente, empezando por Italia, desde Génova (1586) hasta Venecia (1587), desde Milán (1597) hasta Roma (1605): el de Amsterdam data ya de 1609. El crédito se extendió por medio del uso cada vez más habitual de la letra de cambio, ya utilizada en el período anterior, que pasó a ser recurso indispensable para gran número de inversiones y de transacciones comerciales. Naturalmente, la circulación de las letras de cambio permitió además lucrativas y repetidas manipulaciones financieras, así como altos intereses sobre préstamos a corto plazo.

El crédito se desarrolló tanto en el sector público como en el privado, fuese por las necesidades de los poderes monárquicos o ciudadanos, fuese por la seguridad que daban los depósitos de tal naturaleza. Los estados tenían una incesante necesidad de dinero y sus gobiernos no podían sostener por lo general el ritmo de los gastos que debían efectuar: por eso empeñaban sus entradas con un anticipo de hasta dos o más años. Quien prestaba al Estado tenía, además de los intereses, las garantías que representaban los réditos o ingresos que eran cedidos a cambio a los acreedores. En caso de bancarrota, los réditos no eran anulados. Este mecanismo animó la formación de un grupo de personas, sobre todo burgueses (aunque en España también nobles), que vivían de tales réditos y al mismo tiempo estaban vinculadas a los destinos de las instituciones. Así, las *rentes* francesas constituían un préstamo a la corona: las emitía el Hôtel de Ville de París, que pagaba también los correspondientes intereses anuales. En España existieron tanto los juros, emitidos por el Estado, como los censos de las municipalidades o también de particulares. Dada la situación financiera española, con el paso del tiempo se convirtieron en una de las columnas de la continuidad económica y social. No faltaron las situaciones paradójicas, como la constatada en Valladolid hacia 1600: poco más de doscientos ciudadanos percibían por los juros un montante superior al de los impuestos pagados por la ciudad entera. Este sistema, que no se implantó en Inglaterra, se difundió ampliamente también en Italia y en los Países Bajos, lo que incrementó las rentas vitalicias, que no tardaron en ser negociadas en los grandes centros financieros.

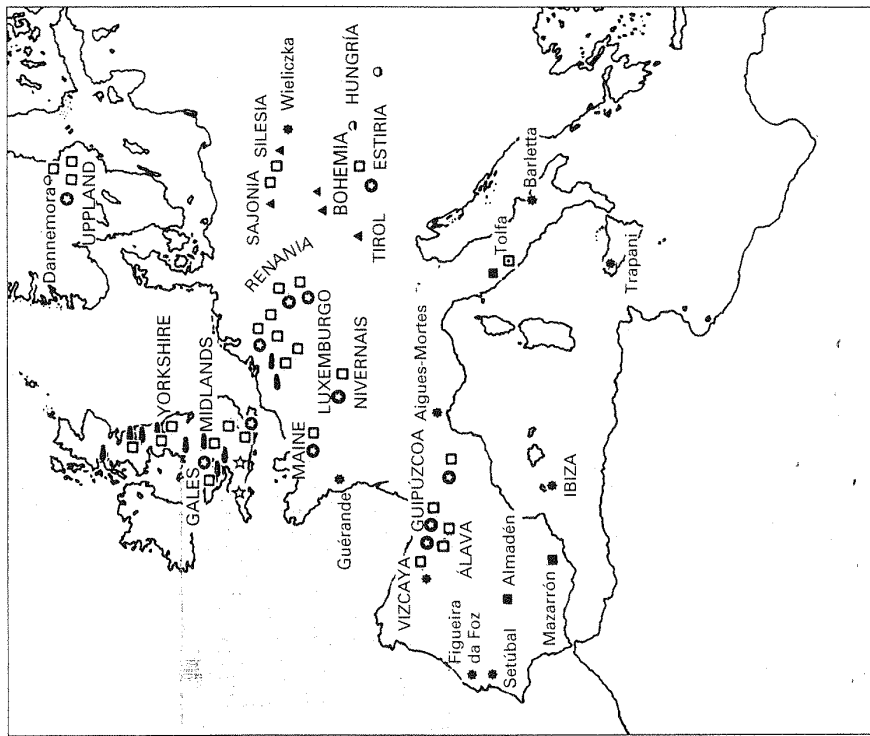
No es de extrañar que en el curso del siglo xvi los propietarios territoriales procedieran al aumento de los arrendamientos, aparte de pretender que los campesinos satisficieran las prestaciones tradicionales. Ante las buenas perspectivas

ofrecidas por el mercado, muchos de estos propietarios (con la excepción, por ejemplo, de los grandes aristócratas franceses) se dedicaron a la administración directa de sus dominios, indudablemente más provechosa. Un nuevo patriciado rural prosperó así en muchas regiones de la Italia centroseptentrional, así como en Inglaterra y en varios países de la Europa centrooriental. En el campo romano la nobleza no dudó en usar los terrenos de labranza para pastos; dada la creciente demanda de productos cárnicos de la ciudad. En España se sucedieron dos fases. En la primera mitad del siglo se siguió extendiendo la superficie de los pastos para satisfacer con la crianza la demanda internacional de lana; en la segunda, se empezó de nuevo a cultivar trigo, cono consecuencia de la caída de la demanda de lana por parte de las manufacturas holandesas. A modo de reacción frente al alza excepcional de los cereales, el Estado español fijó a los productores los precios máximos; pero esto sólo benefició a los vendedores al por mayor, que volvían a vender por mucho más. En esta coyuntura menos afortunada fue la situación de los propietarios territoriales alemanes, que tuvieron más dificultades para aumentar los arriendos (a excepción de Austria y de Baviera, donde los soberanos apoyaron sus reivindicaciones). Tampoco en Castilla la Vieja y en Polonia los arrendamientos agrarios, estipulados a largo plazo, aumentaron mucho antes del siglo xvii. Con todo, los arrendatarios intentaban resarcirse aumentando notablemente el precio de sus productos. En suma, el aumento de la población hizo del cultivo de la tierra no sólo una inversión segura, sino también un buen negocio tanto para los nobles como para los burgueses. Se podría citar el caso de Luc' Antonio Giunti el Joven, dueño de la mayor empresa editorial veneciana de las tres últimas décadas del siglo xvi, que alternó las iniciativas comerciales e industriales con las inversiones en terrenos rurales. Este caso es también significativo porque el patrimonio de Giunti se acrecentó gracias sobre todo a los préstamos que concedía a los campos limitrofos: en cuanto el pequeño propietario deudor se declaraba insolvente, Giunti se apoderaba de ellos.

5. COMERCIOS E INDUSTRIAS

Si bien la llegada de los metales preciosos americanos, el crédito público y privado y la revitalizada función económica de la tierra constituyeron los aspectos económicos más nuevos de este período, no menos característico del mismo fue el incremento de las actividades comerciales e industriales. La economía europea se había impuesto desde hacía siglos en estos sectores por su dinamismo y su organización, constituyendo en el Viejo Mundo uno de los polos de la producción y de los intercambios. El siglo xvi representó una gran fase de renovación, y no sólo en el campo de las comunicaciones oceánicas. Sin lugar a dudas los centros marítimos se distinguieron en esto bastante más que los terrestres. De todos modos, no puede afirmarse que los puertos atlánticos fueran más importantes —como ocurrió en el siglo siguiente— que los del Mediterráneo y el Báltico. Mientras que al menos en parte el ascenso de Amberes se produjo para compensar el forzado declive de la vecina Brujas, en el siglo xvi no se produjo

Minería y metalurgia en Europa



un progreso decisivo del tráfico marítimo francés por el Atlántico. Las ciudades que se impulsaron incontestablemente fueron Sevilla, Lisboa, Londres y la ciudad de Amberes. Las dos primeras debieron su renovada prosperidad en particular al hecho de constituir los centros de gravedad de dos vastos y ricos imperios coloniales, mucho más que a sus funciones europeas o estrictamente nacionales; Londres, pese a prosperar cada vez más, seguía demasiado alejada de su máximo desarrollo. Bristol, Ruán, Bremen o Hamburgo, sin ser escalas secundarias, no eran de primera magnitud.

La ciudad que reunió las ventajas de los tráficos intercontinentales con las de las rutas europeas y los enlaces con el interior fue Amberes. Pero el destino de esta ciudad fue tan brillante como dramático. En el origen de su fortuna se hallaba la conjunción en su puerto de los intereses mercantiles portugueses y alemanes, además de la potenciación de sus relaciones con Inglaterra, el Báltico y el Mediterráneo. Amberes se convirtió en un motor económico mundial y un centro de múltiples industrias: textil, metalúrgica, naval, editorial. Se fabricaban instrumentos científicos y musicales, tapices, muebles, etc., al tiempo que florecían las operaciones de crédito. Los portugueses habían encontrado en la ciudad flamencas, además de los capitales alemanes, el azogue de las minas alemanas de que tenían necesidad en las Indias. A mediados del siglo XVI el procedente de las colonias americanas de España les resultó más ventajoso: eso les indujo a retirar de Amberes a partir de 1549 su monopolio de las especias. La década siguiente marcó ya un inicio de interrupción para aquel gran emporio. En 1565 sufrió las consecuencias del agudo conflicto comercial entre Inglaterra y los Países Bajos, y en 1576 el saqueo español. En fin, la guerra entre España y las Provincias Unidas condujo al bloqueo holandés de la embocadura del Escalda, que baña la ciudad. Mucho antes de empezar el siglo XVII, Londres por un lado y Amsterdam por otro sustituían ya a Amberes en el plano europeo e intercontinental. Mercaderes, empresarios y artesanos la abandonaron, como abandonaron los Países Bajos meridionales, para transferir sus energías a Leiden, Rotterdam, Haarlem y sobre todo a Amsterdam.

La prosperidad comercial, sin embargo, no se limitaba a la fachada atlántica de Europa. También los puertos bálticos y mediterráneos conocieron un importante desarrollo en el siglo XVI. Sin duda, sobre todo en la primera mitad del siglo, Alejandría padeció una crisis, pero el volumen de los intercambios de los demás emporios del Mediterráneo fue en aumento. Esto es cierto de dos grandes puertos distintos entre sí, como Constantinopla y Venecia. Más que entrar en competencia con ellos, Sevilla, Lisboa, Amberes y Londres se abrieron sobre todo a otros mercados. Hay una prueba adicional de ello en la última parte del siglo, cuando los ingleses, seguidos muy pronto por los holandeses, intentaron conquistar a su vez las lucrativas rutas de Levante. Sólo entonces se puede hablar de decadencia de las marinas meridionales: a excepción de la francesa, todas ellas demostraron resistir mal la penetración de los nórdicos. Un buen ejemplo del florecimiento mercantil del Mediterráneo en ese período lo ofreció la flota de la ciudad de Ragusa. Este centro adriático, en efecto, tenía de por sí necesidades limitadas, escasas actividades industriales y no demasiados productos para exportar

desde su región interior. La gran fortuna de su marina se basó en gran parte en la creciente demanda de transportes marítimos del área mediterránea. Bastante patentes son los casos de Ancona, Mesina y Livorno, cuyos puertos fueron muy activos, aunque no dispusieron prácticamente de navíos propios. El motivo de su éxito fue, tanto como el incremento general de los intercambios, el mayor aco- plamiento entre las rutas marítimas y las terrestres a través del continente, que conocieron a su vez un notable desarrollo.

Aunque no hubiera innovaciones sustanciales en el sistema de transportes respecto del período inmediatamente anterior, la expansión comercial resultó su- mamente considerable y esencial para la formación de capitales (lo que permitió a su vez un aumento de las actividades financieras y bancarias). Hasta muy en- trado el siglo xvii, no obstante, no se pudo advertir ninguna influencia de la ide- ología calvinista sobre este despliegue excepcional de los negocios y del espíritu emprendedor. Como se ha demostrado, una fuerte oposición a la usura dominó aún en los sínodos celebrados en el siglo xvi por los seguidores de Calvino: ni si- quiera en Holanda se estableció un nexo directo entre sus convicciones religiosas y las actividades capitalistas.

Como en el pasado, la mayor parte de los mercaderes siguieron negociando con gran variedad de artículos, preocupándose bastante más del provecho inme- diato que de una especialización a largo plazo. No faltaron, sin embargo, las ten- dencias monopolistas —de las que habían dado ejemplo las monarquías ibéri- cas— ni las concentraciones de numerosos agentes económicos en torno a un determinado eje comercial. En este tipo de operaciones se distinguieron en parti- cular los ingleses, que vieron cómo luego muchos otros imitaron su ejemplo. Hay que recordar en primer lugar a los *merchant adventurers*, puesto que habían ob- tenido de la corona el monopolio del comercio a gran distancia, tanto en Europa como fuera de ella. En ellos tuvo su origen la Moscovy Company, después de que el explorador Richard Chancellor hubiese atracado en aguas del mar Blanco, a unas decenas de kilómetros de Arkangel. Como consecuencia de ello, Iván IV prometió a los súbditos de Eduardo VI plena libertad para negociar. Desde su creación, otorgó a la Moscovy Company el derecho de tráfico hasta Jaroslavl. Ka- zán y Astracán (donde efectivamente había instalado sus almacenes), y desde allí en dirección a Bujara y Persia. Más tarde, el zar, decepcionado por la falta de apoyo por parte de Isabel a su empresa contra Polonia, concedió análogos privi- legios a los holandeses: pero los ingleses continuaron dominando aquella ruta mercantil. Sobre el mismo modelo instituyeron los ingleses en 1579 la Eastland Company, cuya primera sede fue Dantzig y la siguiente Elbing, para el comercio en el Báltico. Apenas dos años más tarde, gracias a los contactos establecidos por dos mercaderes londinenses con el sultán turco Ahmed I, le tocó el turno a la Le- vant Company: los franceses, que hacía poco habían obtenido derecho a hacer enarbolarse su bandera a los barcos atlánticos que negociaban en aquella área, ya no estaban solos. Consules y colonias de Inglaterra no tardaron en inmiscuirse en las escalas de Levante, desde Alejandría hasta El Cairo, desde Damasco hasta Alepo y Trípoli de Siria: en 1583 ya había en Constantinopla una embajada per- manente de la reina Isabel.

Hay que señalar además la penetración de los franceses en las costas del nor- te de África en la segunda mitad del siglo xvi. Un privilegio para la pesca del co- ral (particularmente buscado para los intercambios con Extremo Oriente) les fue concedido a partir de 1552 a lo largo de unos doscientos kilómetros de costa al este de Bona. Estos enclaves, sin embargo, junto con los de La Calle, fueron des- truidos en 1604 por los berberiscos. Mucho más afortunada fue la penetración de los marselleses en Levante, donde supieron hacer frente tanto a los ingleses como a los competidores holandeses, más tardíos. Francia (que tenía también consules en Túnez y en Fez desde 1577, así como en Argel desde 1579) vio cómo se le re- conocía además en 1604 un derecho de protección sobre los eclesiásticos latinos de Tierra Santa. Al final de sus guerras de religión Francia era la potencia cris- tiana preponderante en el área otomana.

6. LA CULTURA

Como ya se ha visto el siglo xvi es un período de desarrollo no sólo en los ámbitos demográfico, marítimo, económico y político, sino también en el reli- gioso. En esta fase de despliegue progresivo de todo tipo de actividades no es de extrañar que también las culturales tuvieran un notable incremento. La nueva téc- nica de los caracteres de imprenta móviles, introducida hacia mediados del siglo xv, realizó rápidos progresos en las primeras décadas de su difusión, de manera que a principios del siglo xvi ya estaba en plena actividad. Tras la producción editorial de esos dos siglos hubo un cambio muy claro, y no sólo desde el punto de vista cuantitativo. En la segunda mitad del xv, como se ha dicho, la preocupa- ción principal era en gran parte el uso de la tipografía para reproducir obras que desde hacía siglos circulaban en copias manuscritas; en el siglo xvi, en cambio, triunfó la actualidad. La imprenta se convirtió entonces en un instrumento cultu- ral de valor diverso, mucho más vivo y dinámico. Las censuras que se montaron para frenarlo lograron sus objetivos en muy pocos países, como España. Ya se ha señalado el papel que desempeñaron los talleres tipográficos en la propagación de las controversias religiosas que invadieron el continente, pero tampoco dejó de crecer el uso político y administrativo de la letra impresa. Los contratos de seg- uros marítimos, por ejemplo, comenzaron a ser estipulados por el sistema de re- llar unos formularios de bella factura y fáciles de cumplimentar. De muy notable amplitud fue luego el uso de la imprenta como vehículo de obras literarias, geo- gráficas, jurídicas, científicas, técnicas o musicales.

El libro se convirtió en el objeto cultural más vendido (no habían aparecido aún prácticamente los diarios o periódicos), cada vez más en las lenguas vulgares y cada vez menos en latín. Con ello, la misma creación intelectual fue estimulada, o condicionada, por el innegable afán de dar a imprimir que se difundió, así como por la función cortesana que asumieron las dedicatorias y a veces incluso los con- tenido de las obras. Por lo demás, el libro del siglo xvi fue por lo general un pro- ducto de factura esmerada y muy a menudo bella, bien encuadrado, bien com- paginado, con papel verjurado a mano y adornado con bastante frecuencia con

óptimas ilustraciones. Del reino de la imprenta, en efecto, forma parte una producción inmensa de grabados, particularmente importantes por lo que respecta a la cultura popular y por su calidad artística. Estos grabados florecían en el texto para deleitar los ojos y también para hablar a los iletrados, o constituían directamente el principal atractivo de la publicación (sobre todo cuando se trataba de hojas volanderas). En suma, si el libro fue un descubrimiento del siglo xv, fue innegablemente una conquista del siglo xvi: sus formatos fueron de lo más diverso, desde el gran folio hasta el minúsculo en dozavo.

Entre todo lo que se imprimió resulta difícil no citar un conjunto de obras que ilustraron el patrimonio lingüístico de varios países. También desde este punto de vista, en efecto, el siglo xvi se sitúa en una escala totalmente diferente del siglo anterior. La mayor parte de las literaturas nacionales pusieron entonces en circulación obras maestras que no tenían parangón con las del siglo xv. Tomemos como ejemplo el caso de la historiografía italiana. Por un lado está la ampulosa producción humanística; por otro tenemos (sin desmerecer a la primera) el *ner-vio*, el ritmo ágil de un Maquiavelo o de un Guicciardini. No menos significativo es el ejemplo de la literatura caballeresca: a las obras sobresalientes de Pulci y de Boiardo siguen las de Ariosto y de Tasso. El género caballeresco no podía dejar de ser apreciado por una sociedad tan prendada de la nobleza: lo prueban también fuera de Italia los éxitos de *Amadis de Gaula* (1540-1548) y de *Os Lusíadas* de Camões (1572).

La producción se resintió de un fenómeno general que, al menos en parte, dependía de las formas y de las propias proporciones del nuevo vehículo de cultura: la imprenta. Por un lado era bastante natural que se diera una exigencia de orden en el estilo y en la lengua para dar uniformidad y rigor a la masa creciente de lo publicado. Pero está claro que semejante codificación cultural y lingüística se resolvió en un decidido alejamiento entre el resultado literario de la savia semántica y el gusto popular. Aunque no se puedan trazar particiones claras en un proceso de este tipo, puede afirmarse que el siglo xvi se opone a la época anterior por su nueva artificialidad del lenguaje vulgar, que se hace académico, y su tendencia excesiva al clasicismo. El patrimonio literario no podía dejar de estar marcado por las tendencias aristocráticas y elitistas dominantes en los estratos superiores de la sociedad. No obstante, el siglo xvi estuvo animado también por la presencia de creaciones que testimoniaban aún la capacidad de interpretar las corrientes de la sensibilidad y de llegar a sus fuentes. En este siglo nacieron precisamente el teatro de Ruzante, la novela picaresca y la *commedia dell'arte*. Grandes obras como las de Rabelais, Montaigne, el mismo Lutero o Shakespeare muestran que el refinamiento no siempre se producía en detrimento de una profunda capacidad de llegar a lo humano sin sofisticaciones.

Consideraciones análogas pueden hacerse respecto a las artes figurativas. En este plano, sin embargo, hay que observar que el producto de serie era claramente más popular que el similar salido de la imprenta. En efecto, para disfrutar del segundo (un simple manual de piedad religiosa, por ejemplo) había que saber leer, mientras que para tener un contacto con el primero bastaba con mirarlo. Incluso obras de excelsa calidad, si iban ilustradas con temas iconográficos conoci-

dos, tenían eco e impacto en los indoctos que las contemplaban, aunque no todos los espectadores fueran capaces de apreciar muchas de sus intenciones y valores estéticos. Sobre todo cuando se trataba de edificios religiosos o de la fruición de cualquier obra pública, un producto de este tipo entraba a formar parte del patrimonio cultural común mucho más que una obra escrita si, aunque tuviera muchas ediciones, ésta no lograba penetrar en el radio propio del oído colectivo.

El estilo renacentista, aunque no se difundió en igual medida en todos los países europeos, era grandilocuente y estaba basado en valores doctos, cuando no aludía además a conocimientos que escapaban a la mayoría. Al menos en un sentido relativo, es decir, precisamente porque por su naturaleza la obra figurativa concernía a un sector más amplio, el peso específico del clasicismo fue mayor entre pintores y escultores que entre los escritores. Como sus mismos contemporáneos percibieron en seguida, clasicismo suponía manera de ejecución estudiada y estilo amanerado. Tratándose en gran parte todavía de temas religiosos, los contenidos siguieron siendo sobre todo tradicionales, pero su forma cambió claramente, tanto que en algunos casos llegaba a traicionar el espíritu cristiano de la historia o por lo menos lo descuidaba. Cuando más tarde en las regiones católicas los artistas fueron inducidos de nuevo a respetar las intenciones religiosas, los resultados no fueron muy positivos, dado que la medida se aplicó en detrimento de la espontaneidad. El arte de la Contrarreforma quiso ser edificante, pero a menudo resultó afectado y a su modo retórico. El estilo renacentista (expresión deliberadamente aproximativa) no se impuso en todas partes hasta el siglo xvii. A lo largo del siglo xvi muchas zonas, sobre todo del norte de Europa, se mantuvieron fieles al gótico. Lo que se hizo sentir en todas partes sobre las artes figurativas fue el condicionamiento de los encargos laicos. En el mismo momento en que el artista lograba una mayor libertad de expresión estilística y de iniciativa temática, se sentía más influido por las exigencias y los gustos de los príncipes, nobles y burgueses que se convirtieron en sus clientes en mucho mayor número que antes.

Observaciones de este género deben hacerse también con respecto al campo arquitectónico. Ante todo, precisamente porque en el siglo xvi se alzaron edificios civiles y privados en cantidad mucho mayor que en el siglo anterior. El nuevo lenguaje de los artistas, con importantes excepciones, se hizo deliberadamente clásico, es decir, entretendido con los elementos empleados por los antiguos (columnas, frontones, cariátides, bóvedas de cañón, etc.). La única innovación real fue la cúpula para las construcciones religiosas. Los arquitectos no se limitaron a introducir estas novedades formales ya en sí mismas importantísimas: se impusieron además el rigor en la perspectiva y una simetría espacial totalmente diferente de la gótica. Toda construcción fue sometida a normas geométricas y a relaciones de volumen consideradas ideales y perfectas, sin que esto impidiera la mayor variedad de soluciones. Se tendía, de modo análogo al perseguido en la representación del cuerpo humano, a lo imponente, a lo majestuoso, además de a lo regular y armonioso. Los edificios así contruidos contrastaban con los anteriores, pero respondían a una intuición global, como si fueran partes de una reestructuración general aún por venir.

No obstante, el estilo no permaneció fijo en este estadio. Pronto se llenó de movimiento, asumió módulos inusitados y sobre todo se abrió ampliamente a intervenciones decorativas (bajorrelieves, hornacinas con estatuas, festones, fantasías antropomórficas, etc.). Ante y junto al rigor clasicista se despegó así la desenvoltura manierista, preludio del preciosismo y de la audacia barroca. La concepción de la perspectiva se hizo cada vez menos inmóvil y los artistas dominaron cada vez mejor los movimientos de las masas arquitectónicas mediante la búsqueda de efectos espaciales. Estos artistas se apartaron pronto de la idea del edificio como bloque descollante, para hacer de él una estructura capaz de compaginarse con el lugar circunstante. Villas y jardines empezaron a constituir conjuntos fundidos y bien armonizados entre sí, distribuidos en planos relacionados de manera armónica. La ciudad tendió a constituir al escenario. Las realizaciones urbanísticas propusieron e impusieron el lenguaje de los distintos tipos de poder, mucho más que cuanto expresaban las exigencias concretas de los ciudadanos o de los súbditos. La arquitectura se estaba convirtiendo mucho más en un marco, un decorado, que en la ropa ajustada y la armadura orgánica de las necesidades reales de la comunidad.

Sin embargo, entre esas estructuras urbanas en transformación no se desarrollaron todavía en el siglo XVI los espectáculos pomposos y a veces compungidos que caracterizarían mucho más al siglo siguiente. La vitalidad se manifestaba aún de formas bastante espontáneas y variopintas, con una participación colectiva más inmediata en los tipos más diversos de ceremonias públicas (de procesiones a ejecuciones capitales, de autos de fe a entradas triunfales, de carnavales a fiestas y juegos de todo tipo). El gusto por la manifestación pública era muy vivo y no desperdiciaba ocasiones para exteriorizarse. Los príncipes daban el ejemplo, tomaban y provocaban las iniciativas, aunque las comunidades no se quedaban atrás. Las cortes eran aún en parte itinerantes, y naturalmente las estancias de los soberanos daban lugar a puestas en escena llenas de movimiento. Los aristócratas no eran los únicos que figuraban en esta dimensión espectacular. Los aristócratas burgueses y gente del pueblo se aseguraban un puesto en ella.

La pasión por el espectáculo estimuló la producción teatral, todavía en parte religiosa, con sus misterios y sus representaciones sacras, aunque cada vez más animada también por comedias típicamente laicas. Los edificios usados expresamente para las representaciones siguieron siendo muy escasos y sólo tardíamente surgieron en algunas poblaciones, pero los patios de los palacios y sus vastas salas se adaptaban fácilmente a sus exigencias. Típica del siglo XVI, en efecto, es la utilización provisional de espacios, sobre todo abiertos pero también a veces cerrados, como lugares teatrales y escénicos. No menos característico es el recurso a grandes artistas o a técnicos eminentes (desde Leonardo hasta Tiziano o Palladio) para la maquinaria y la dirección que precisaban semejantes creaciones improvisadas. Los mismos jesuitas no dudaron en secundar este gusto colectivo, aunque canalizándolo para dirigirlo a sus objetivos (por ejemplo, el montaje de los sermones dramatizados). Por otra parte, se ha demostrado que para representar en vivo escenas de tortura o muerte no se vacilaba en comprar a condenados de las ciudades vecinas.

Una atención particular requiere el desarrollo de la música en este período, y no sólo como elemento esencial de los espectáculos profanos. Las iglesias protestantes, así como la católica, contribuyeron a su revaloración. El apoyo y el impulso aportados por Lutero en este campo fue uno de sus mayores méritos culturales. Por lo que atañe al canto de los salmos (son célebres, por ejemplo, los que son obra de Claude Goudimel), Calvino lo señaló como la manifestación más adaptada a la religiosidad por él predicada: lo que resultó ser un arma eficaz para galvanizar a sus seguidores hugonotes durante las guerras de religión francesas. Este reformador, sin embargo, no admitía ya el uso de instrumentos musicales en los servicios religiosos, y donde este mandato se observó se produjo una pronunciada decadencia de tan gloriosa tradición. En efecto, las capillas de las principales iglesias habían sido hasta entonces un riquísimo vivero de compositores y cantores; y lo continuaron siendo, naturalmente, en las regiones que siguieron siendo católicas. La Contrarreforma promovió más tarde unas tomas de posición que no eran tan diferentes de las de Calvino. Carlos Borromeo prohibió en el diócesis de Milán el uso de cualquier instrumento en la iglesia, a excepción del órgano, y varios teólogos católicos se declararon contra las formas demasiado elaboradas de música religiosa. Pese a ello, la Contrarreforma no se mostró nunca verdaderamente hostil al empleo de la música. El oratorio musical, por ejemplo, que tendría tanta popularidad, nació en Roma en el círculo de San Felipe Neri, al tiempo que los autores de música litúrgica no se alejaban de la sensibilidad de un amplio público. La diversidad de los ambientes y la gama de las ocasiones permitieron e incrementaron producciones de todo tipo, así como el uso de variados instrumentos. Tanto los ballets, la caza, la guerra, las paradas al aire libre como las simples canciones estimularon una gama riquísima de obras.

Mientras la canción francesa reinaba todavía sin discusión en la primera mitad del siglo XVI —sobre todo con Clément Janequin (1480-hacia 1557) y luego con Guillaume Costeley (1531-1606)—, los Países Bajos se hallaban en los orígenes de los más notables desarrollos de la música de dicho siglo. Los flamencos perfeccionaron la tradición polifónica del período anterior y supieron combinar las líneas melódicas con las sonoridades vocales. Italia se había abierto ampliamente a su influencia, aunque supo también nutrir y renovar la inspiración flamenca. En las colecciones de principios del siglo XVI las obras procedentes de los Países Bajos —especialmente los madrigales— ocupan un puesto más importante que las originarias de la península italiana. El gran Adriaan Willaert fue nombrado maestro de capilla de la iglesia de San Marcos de Venecia en 1527: desde este año hasta 1571 él y su sucesor, Cyprien de Rore, formaron a generaciones de músicos italianos. Willaert se distinguió por la introducción de los coros múltiples acompañados por trombones e instrumentos de cuerda, además del órgano; sus compatriotas Verdelot y Arcadelt fueron particularmente apreciados por sus madrigales. Muy pronto, sin embargo, se impulsieron también compositores locales como Giovanni Croce y Andrea Gabrieli (1557-1612). Roma se convirtió igualmente en un gran centro musical, donde brilló el arte de Luigi da Palestrina (1525-1594) y el de su alumno español Victoria (1535-1611). Músico excelso y de renombre europeo fue Roland de Lassus (1532-1594), un flamenco llamado a

Sicilia por Ferrante Gonzaga y que luego residió en Italia (de Milán a Nápoles, de Florencia a Roma). En la segunda mitad del siglo fue llamado a Múnich por Alberto V de Baviera, y desde 1556 hasta su muerte permaneció allí dando pruebas de un genio de enorme fecundidad. Fue, en efecto, autor de decenas de misas y centenares de motetes, además de salmos, letanías y obviamente canciones, madrigales y *lieder*. En Francia la creación musical tendió a concentrarse en la corte, donde empezó a florecer el ballet, en el que se conjugaban los efectos de la danza y de la poesía con los de la música. También en el *entourage* de soberanos como Isabel y su sucesor Jacobo I la música conoció su edad de oro en Inglaterra. Mientras el madrigal de procedencia italiana asumía formas más populares, la música litúrgica se mantenía en el centro de la actividad de los compositores (por ejemplo, William Byrd). A finales de siglo se desarrollaron en Italia los gémenes de la ópera, cuyos primeros ejemplos fueron *Dafne* (1597), hoy perdida, de Peri, y *Orfeo* (1607), de Claudio Monteverdi (1567-1643). Este nuevo género, cuyos efectos orquestales lograban enlazarse con los acontecimientos representados en el escenario, estaba destinado a un gran porvenir.

5. LA EXPANSIÓN IBÉRICA

1. CARACTERES GENERALES

Todo acontecimiento histórico deja huellas que constituyen siempre un precioso testimonio de la actividad humana. Algunos acontecimientos, sin embargo, dejan señales que sólo se distinguen tras paciente investigación, mientras que otros las imponen a distancia de siglos, se podría decir que a simple vista. Precisamente por ello es posible aún hoy vislumbrar, para quien la observa, la expansión europea por los tres mayores continentes más allá de los mares. La religión, la raza o al menos las técnicas que fundamentan su existencia estuvieron condicionadas o fuertemente influidas por la relación secular que se instituyó a partir del siglo XVI entre esos continentes y los países europeos.

En el centro de este fenómeno dominante está el problema de la colonización. Sería fácil remontarse al mundo griego y romano para encontrar sus precedentes en la civilización occidental. Es cierto, sin embargo, que a las formas de irradiación propias de cada pueblo en vías de progreso dinámico se añaden en el Medievo las inspiradas en la visión religiosa. Incluso el islam siguió una trayectoria análoga y contemporánea, que lo llevó a cubrir un área inmensa del espacio afroasiático. Al principio el radio de acción y el poder de enfrentamiento fueron bastante modestos, aunque implícitamente el Occidente cristiano era ya más ambicioso. Soportaba menos, en efecto, que allí donde hubiera logrado establecerse, la civilización de los vencidos pudiera seguir su propio curso con relativa tranquilidad. Sin embargo, entre la colonización medieval, que se manifestó tanto en las cruzadas mediterráneas como en las expediciones terrestres contra los eslavos, y la moderna hubo un salto cualitativo. Este salto correspondió a la escisión existente entre el nivel tecnológico de la mayor parte de las regiones alcanzadas y el de los europeos. Sin duda alguna los navegantes del siglo XV, y sobre todo del XVI llevaban consigo la misma convicción que había asistido a los cruzados medievales: la de pertenecer a la parte religiosamente privilegiada de la humanidad. Con todo, los cruzados tuvieron que imponerse combatiendo, y la lucha que entablaron nunca fue sustancialmente desigual, como lo demuestran claramente sus treguas forzosas y sus derrotas. Ahora, en cambio, la superioridad y las fuerzas estaban totalmente de parte de los europeos. No es de extrañar que apenas hubieron superado los obstáculos que oponían las difi-